

La construcción discursiva de la mala fama de la prejubilación entre los mineros. Imágenes de rechazo y hechos del contexto social

The Discursive Construction of Ill Repute among Miners on early Retirement. Images of Refutation and the Facts of the Social Context

José Luis GARCÍA GARCÍA

Departamento de Antropología Social. Universidad Complutense de Madrid
jlgg@cps.ucm.es

Recibido: 7 de octubre de 2005

Aceptado: 20 de diciembre de 2005

Resumen

En este artículo se analiza el contexto y los procesos discursivos de elaboración de la categoría colectiva de *prejubilado* en la minería asturiana. Se parte de la indefinición legal y, consecuentemente, social de esta figura y se estudia el proceso discursivo de construcción de la mala fama como una forma de dar contenido a un colectivo social nuevo y de difícil aceptación social. A diferencia de otros discursos que circulan sobre el particular, los de la mala fama son retóricos tanto en su elaboración como en su uso social. Su valor performativo contribuye a integrar socialmente a unos sujetos que se definen por una utilización peculiar del tiempo, carente de la mayor parte de las obligaciones sociales prescritas, que les vinculaban a la comunidad durante su vida laboral.

Palabras clave: mala fama, prejubilación, mineros, categorías colectivas, discursos, retórica.

Abstract

This article analyzes the context and the discursive process by which the collective category of the early retiree is constructed in Asturian mining communities. Departing from the legal ambiguity and hence social ambiguity of these personages and status the essay studies the discursive construction of ill repute in respect to them and as a way of giving meaning to a newly created social collective difficult both to define and accept in normal social interaction. Differently than other discourses that circulate about ill repute in respect to the individuals, those concerning the collective category are rhetorical in their construction and in their social use. Their performative value contributes to the social integration and meaning of a defamed category of persons who are basically defined by their unusual use of

time and by their lacking in fulfillment of the prescribed social obligations that would normally bind them to their community throughout their working lives.

Key words: ill repute, early retirement, miners, collective categories, discourses, rhetoric.

SUMARIO: 1. La prejubilación de los mineros. 2. La sinrazón afectiva de las razones. 3. La mala fama. 4. Discursos y discursos. 5. La performatividad de los discursos sobre la mala fama. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

1. La prejubilación de los mineros

El concepto de prejubilado es relativamente reciente en el ordenamiento laboral español, tanto que la legislación sobre el tema está llena de lagunas e indefiniciones. Legalmente la prejubilación se produce de forma voluntaria como consecuencia de un *acuerdo entre la empresa y los trabajadores*, pero su desencadenante es un *expediente administrativo de regulación de empleo*. Estas dos figuras legales son difíciles de compaginar, pues la forma de tratar al trabajador en uno y otro caso es distinta. Esto significa que aunque formalmente la prejubilación es voluntaria, como negociación, por uno u otro motivo se impone con la coactividad de la regulación de empleo. A esto se refieren los prejubilados cuando afirman que “las prejubilaciones son voluntarias, pero obligatorias”. Existe pues en las disposiciones legales una amplia ambigüedad que los afectados detectan: el prejubilado es un trabajador inscrito en el INEM, pero que no está en paro; que está retirado, pero que no es jubilado. Esta indefinición y las formas de vida que conlleva son susceptibles de generar resistencias y conflictos importantes en las comunidades en las que se producen.

Para valorar el fenómeno de las prejubilaciones en Aller -concejo minero en el que se recogieron los datos utilizados en este artículo- y su significado social, hay que considerar un factor añadido que tiene que ver con las peculiaridades del trabajo en la mina. Los prejubilados de la minería dejan de trabajar a una edad inusualmente temprana, como consecuencia de la aplicación de los cómputos legalmente previstos. Un año en la mina puede valer entre un 50% y un 20% más si se trata de un trabajo de interior y entre un 20% y un 5% si la tarea se realiza en el exterior. Con estas cifras, y teniendo en cuenta que los cómputos abarcan también las edades de jubilación, las previsiones generales de los cuatro planes que se han llevado a efecto hasta ahora han ido aumentando progresivamente el tiempo de permanencia en la situación de prejubilado, que ha pasado sucesivamente de dos años, en el plan de 1991-1993, a trece en el de 2002-2005. En el plan 2006-2012, que se acaba de concertar entre el gobierno y los sindicatos, se mantienen las mismas condiciones del programa anterior, no sin que

antes hubiese sido necesario acudir a la huelga y a las manifestaciones de protesta para que las autoridades gubernamentales no tocasen ese punto, que en principio pensaban reducir, retrasando de nuevo la edad de prejubilación.

Un elemento más, y que complica esta situación social, es el dinero. Los prejubilados de la minería salen con el cien por cien de su salario. La composición del salario minero es muy compleja, ya que, además de estar determinada por el tipo de actividad que se realiza, se modifica mensualmente por factores muy variables como los destajos y tareas, días de jornales por mes, participación en promedios de las distintas dependencias de la empresa etc. Por eso, el cálculo de lo que se va a percibir cuando se esté prejubilado se realiza introduciendo determinados condicionamientos a lo ganado en los últimos seis meses trabajados. De esta manera, la carrera por el salario en estos meses finales ha posibilitado la salida de muchos prejubilados con cantidades superiores a la media que venían percibiendo cuando estaban en activo. Aunque los últimos planes incluyen topes salariales, que tratan de evitar abusos y riesgos innecesarios en un trabajo peligroso como el de la mina, las conductas maximizantes nunca cesaron, y el tema en sí, por su importancia en la configuración de la vida del trabajador, trasciende del ámbito privado al mundo extra-laboral. Las rutas que cada trabajador recorre en esos últimos momentos de su vida activa se conocen perfectamente en su entorno familiar y social, e incluso el minero asume, como una obligación personal, el “moverse” durante los últimos seis meses para que, sin correr riesgos innecesarios, sus condiciones de prejubilación sean las más favorables posibles. A partir de aquí se ha generalizado la idea de que los prejubilados mineros tienen sueldos especialmente altos, casi insultantes, si se tiene en cuenta que se trata de personas que ya no trabajan.

Desde que se iniciaron las prejubilaciones hasta hoy, la imagen social del prejubilado ha cambiado drásticamente. Los primeros prejubilados de la minería recibieron la oferta de su nueva situación cuando a la mayoría de ellos apenas les quedaban un par de años para jubilarse. La actitud con la que la asumieron fue, según muchos de ellos, de profunda desconfianza. Por esta razón, la incertidumbre inicial de los prejubilados del plan 1991-1993 generó solidaridad en el entorno social, más que rechazo, a pesar de que las condiciones pactadas fueron extraordinariamente generosas: 100% del salario y una subida anual del 5% ante una inflación en descenso que hizo que ya al año siguiente los prejubilados ganasen más que los que seguían trabajando. Desde entonces al último plan de prejubilaciones, se han ido produciendo una serie de transformaciones que afectan a todos los sectores implicados: a los prejubilados porque “marchan ahora con 42 años”; a la sociedad porque el equilibrio entre los

que siguen trabajando y los que no lo hacen se ha invertido drásticamente, siendo los prejubilados el colectivo más importante en el concejo; y al contexto porque se ha consolidado socialmente una experiencia de trece años cargada de nuevas formas sociales de pasar el tiempo, que han significado una profunda transformación de las conductas sociales. Así pues, la consideración social del prejubilado ha pasado de la desconfianza y solidaridad, generadas por lo que se consideraba la pérdida de un puesto de trabajo, a un rechazo generalizado y a la consecuente construcción de una mala imagen que se aplica, sin muchos matices, al colectivo de los que comparten esta situación. Ésta es sin duda una de las formas de dar significación social a una categoría ambigua, que agrupa a un conjunto cada vez más numeroso de personas que han alterado drásticamente las formas de vida de la comunidad.

2. La sinrazón afectiva de las razones

Existen argumentos suficientes para que los prejubilados puedan explicar razonadamente su situación. Tras cien años de minas, el carbón ha entrado en una profunda crisis que resta cualquier viabilidad económica a su producción. La historia minera de las cuencas asturianas las ha llevado a una situación muy próxima al monopolio productivo, y no había manera de reconducir la actividad laboral de los miles de trabajadores que seguían dedicando su vida a la mina. La prejubilación les vino por motivos que les eran totalmente ajenos. Cuando se produjeron, los patronos que planificaron la prejubilación no estaban defendiendo directamente los intereses de los trabajadores, sino los suyos propios. Eran ellos los principales beneficiarios del proceso, y los mineros se encontraron, por primera vez en una larga historia de penurias, con unas decisiones patronales que, al menos personalmente, les favorecían. Por eso hoy recurren una y otra vez al argumento de la suerte para explicar su situación: les ha tocado inesperadamente la lotería. Ellos lo único que han hecho ha sido jugar inciertamente con sus vidas: entraron en la mina sin saber la “suerte” que años más tarde conllevaría esta decisión. Éstas y no otras son las claves racionales del proceso, bien fáciles de explicar y comprender: no son ellos los responsables de lo que está sucediendo, sino la empresa, es decir, el gobierno y los sindicatos.

Otros elementos de las prejubilaciones mineras tienen también su explicación lógica. La “escandalosa” edad de prejubilación -42 años- es consecuencia, como queda dicho, de las condiciones del trabajo minero. No es lo mismo trabajar en la mina que hacerlo en una oficina, y por eso, según los cálculos legales que se les aplican, un trabajador con 25 años de mina, al 50%, se jubilaría, incluso sin prejubilaciones, a la edad de 52 años. Por esto mismo el tiempo de prejubilación

en la minería es relativamente corto, pues los prejubilados se siguen jubilando a la edad que les hubiese correspondido hacerlo.

En relación con el salario, que puede llegar a los 2800 euros netos al mes, se puede argumentar que incluye ya las pagas extraordinarias y, sobre todo, que los que ganan estas cantidades son exclusivamente los trabajadores del arranque, aquéllos que han corrido a lo largo de su vida laboral un peligro especial, que se ha venido traduciendo en un notable deterioro físico: raro es el trabajador del arranque que no conserva, en forma de tirones, artritis, lesiones de codos y rodillas, las secuelas de su paso por la mina, y esto, en estricta lógica, no se compensa con el dinero que reciben. Por el contrario, los trabajadores de mantenimiento y de preparación cobran sueldos equiparables a los de cualquier obrero dedicado a actividades no mineras.

Hay que tener en cuenta además que la opción de entrar en la mina fue libre, y que todos aquéllos que ahora se quejan de las condiciones de las prejubilaciones mineras, en su día, pudieron entrar, y no sólo no lo hicieron, sino que vivieron su situación como un privilegio en relación con la de los mineros. Ir a la mina se convirtió en un destino inevitable para una buena parte de los jóvenes que buscaban trabajo y que, por sus condiciones familiares, no tenían otras alternativas. Frente a otras profesiones, la mina ofrecía una cierta seguridad laboral, pero todos eran conscientes de lo que significaba. Los discursos de los mineros sobre estos temas son contundentes y coinciden en la utilización de los mismos argumentos, al margen de su categoría.

Antiguamente, recuerdo, cuando la mina era el último trabajo, lo no deseado, la escoria, iba uno pa la mina y: ¡Oye, va pa la mina! ¡qué trabajo más asqueroso!... Fuimos pa la mina porque no estudiamos y en casa había pocos recursos. Íbamos a la mina porque era más estable y ganabas un poco más, pero trabajo malo, lo peor. Están los de la construcción: un vecino mío que nun quiso ir a la mina, y que ahora tien que trabajar hasta los 65 años, cuando íbamos de juerga de chavales él decía: ¡Ala, vosotros a dormir que tenéis que madrugar para ir a la mina! Ahora las cosas cambiaron y tenía que decirle yo a él, ahora que trabaja en una cantera: ¡Venga, tú pa casa que mañana madrugas! -Vigilante, 52 años-.

Otro argumento cargado de racionalidad hace alusión a la deuda histórica: “lo que ellos dejan de picar, lo picaron sus padres”. Es una consideración que afecta de forma generalizada a los integrantes de todo el colectivo social, pues, trabajen personalmente en la mina o no, raro es el que no tiene un pasado minero en su familia. La compensación o la lotería se justifican explícitamente como un débito histórico, que debe favorecer a los herederos de quienes tiempos atrás

protagonizaron el desarrollo industrial de las cuencas mineras. La historia de la minería se vive como un pasado común de explotación y represión, ejecutado en unas pésimas condiciones laborales. La memoria colectiva está cargada de accidentes mortales, de enfermedades laborales achacables a la falta de escrúpulo de los patronos, y de injusticias sin límites. En este contexto se podría argumentar que los herederos de tanta miseria pueden ser compensados, sin que su situación aparentemente privilegiada genere suspicacias.

Por último, los prejubilados, sobre los que se focalizan estas situaciones conflictivas, son aquéllos que permanecen en el concejo y que no han sucumbido a la tentación de marchar. Este simple hecho debería de ser considerado de forma muy positiva, ya que los que se quedan gastan sus ingresos en la zona y, bien que mal, contribuyen a que los comercios y servicios permanezcan en parte abiertos. Pero además ninguno de ellos es responsable de su inactividad. En su convenio de prejubilación se les prohíbe expresamente trabajar, y si alguno, por tener un oficio -lo que es bastante frecuente en el contexto de las complejas tareas que hay que realizar en la mina-, ejerce su actividad, es decir, “deja de ser un vago”, enseguida se lo echan en cara tanto los trabajadores en activo como sus compañeros prejubilados: incumple las condiciones de su situación y, al trabajar, quita el poco trabajo disponible para otros profesionales. La fidelidad de los que se quedaron se ve así paradójicamente infravalorada, pues son precisamente ellos, y no los que se han ido, los que día a día suscitan el recelo de sus vecinos.

Argumentos de este tipo son fáciles de explicitar, pero las repercusiones sociales de la situación son tan complejas que, ante ellas, la legitimidad del proceso queda abiertamente entredicho y, con ella, la racionalidad de las prejubilaciones y de cada uno de sus elementos. Así pues, los argumentos disponibles ni evitan ni resuelven los conflictos cotidianos. La emotividad, con la que se viven los celos derivados de la interacción social entre personas tan iguales y tan distintas, genera contradicciones y rechazos que, aunque todo el mundo trata de evitar, no pueden menos que ocurrir. La valoración de las prejubilaciones en el concejo de Aller y, en consecuencia, la imagen de los prejubilados, como personas que no trabajan a pesar de estar todavía en una edad ideal para hacerlo, es actualmente muy negativa.

Admitiendo las desastrosas consecuencias que las prejubilaciones tienen para la comunidad, los prejubilados se lamentan de que no se entienda su situación personal, y argumentan que las reacciones de sus vecinos, en vez de ajustarse a la lógica del proceso, se producen por *envidia*. Los mineros se quejan de que nadie cuestione las prejubilaciones de otros colectivos sociales, como las de la Banca, Telefónica o ENSIDESA, y que sólo se arremeta contra las de la minería.

Consideran esta situación incomprensible y mucho más si se tiene en cuenta que los que les critican son vecinos que, de una u otra forma, están relacionados con el carbón, y que saben de sobra lo que significa haber trabajado en la mina. “Tener envidia de un minero es un sinsentido”. El rechazo llega a veces a producirse entre miembros de la misma familia, cuando algunos de ellos, con edades superiores a la del pariente prejubilado, siguen trabajando en la construcción o en los servicios.

No hay salida, a pesar de que los prejubilados no son responsables de su situación, sino una parte de un sistema que se controla desde otras instancias; a pesar de que los que se quedaron invierten sus ingresos en el concejo; a pesar de que han sido víctimas de unas duras condiciones laborales que en su día sólo ellos aceptaron, y de que en su nueva situación tienen expresamente prohibido trabajar, lo que se evidencia es que no trabajan mientras otros de su edad lo hacen y que se les paga generosamente por ello.

Algunos prejubilados, interpelados por sus vecinos, pueden desahogarse asumiendo su condición real y enfrentándose explícitamente a los que les echan en cara su situación de privilegio. Pero es muy frecuente y más relevante la actitud contraria: evitar la confrontación e incluso tratar de ocultarse o, al menos, de no hacer ostentación de su condición de prejubilado. Aunque en el concejo todos se conocen, y se sabe perfectamente la situación de cada uno, no son pocos los prejubilados que ponen especial interés en no dar la sensación de que no tienen nada que hacer. La mujer de un picador describe muy bien este síndrome de ocultamiento:

Aquí le da hasta corte ir a pasear. Seguro que la gente piensa: ¡Mira esti!, parez que nun tien otra cosa que hacer que ir a pasear, ¡míralu, con cuarenta y tantos años! A veces se pasa aquí la tarde metíu en casa para que nadie lu vea no hacer nada. Y yo digo-y: ¡Sal fuera, vete por ahí, que te estás matando! Aquí la mentalidad de la gente es que hay que hacer algo, y si te vieran por ahí correr detrás de les vaques, como siempre hicimos, entonces estarían felices, pero ¡ya fue bastante, tantos años detrás de les vaques y por los prados! -Mujer de picador, 40 años-.

Así pues, esta racionalidad explicativa tiene dimensiones individuales muy fuertemente marcadas, tanto a nivel de argumentación como de conductas que, según hemos visto, pueden generar conflictividad. Incluye obviedades argumentativas que son, sin embargo, insuficientes para limar la discriminación situacional en la que se encuentran prejubilados y trabajadores en activo. El trabajo reglado, que organizaba a unos y otros en un mismo colectivo social, ha desaparecido para una buena parte de ellos y, con él, la vinculación efectiva y

racionalmente fundada a una comunidad. A partir de aquí los recursos intelectuales para garantizar la supervivencia social de todos se gestionan en el ámbito de las argumentaciones retóricas y del significado simbólico de las conductas. La mala fama deriva directamente de una pragmática social, impenetrable a la argumentación racional y cargada de afectividad.

3. La mala fama

Es en este contexto de contradicción entre la racionalidad del proceso y las prácticas sociales que generan conflicto, en el que debe encuadrarse el análisis de la mala fama. La fama es un fenómeno social y público, que está más allá de las experiencias personales. De las interacciones particulares entre los individuos pueden deducirse impresiones, valoraciones o ideas sobre el interlocutor, que no llegan a convertirse en fama a no ser que se divulguen de forma estructurada más allá de las experiencias concretas que las han producido. Esta constatación nos lleva directamente a analizar el contexto de la construcción de la fama en el orden del discurso. La fama es un fenómeno colectivo porque se produce dialógicamente y como tal es fundamentalmente representativa, es decir, es un ejercicio de figuración social. Es necesario diferenciar la fama que se atribuye a las personas particulares, y que se contiene, por ejemplo, en expresiones como *tener buen o mal nombre*, de la fama que se referencia a colectivos. Esta necesidad queda claramente justificada, si se tiene en cuenta que la mala fama de un colectivo es totalmente compatible con el buen nombre de cada uno de sus miembros. Afirmar pues que los prejubilados tienen mala fama como colectivo no excluye la aceptación de cada uno de ellos en particular. Esta constatación no significa, sin embargo, como veremos, que la figuración del colectivo no tenga consecuencias prácticas en las conductas de los sujetos sociales.

Decir que la fama es un fenómeno social y público significa además que no se trata exclusivamente, en este caso, de una atribución de los no prejubilados hacia los prejubilados. Los discursos de unos y de otros son los mismos, y en ello precisamente radica, como veremos, su eficacia social. Esto sucede así, porque la concreción de la mala fama y su manifestación en los discursos que la sustentan están dominadas por una teoría general, compartida por unos y otros, y por unos esquemas cognitivos estructurados que dan contenido concreto a la teoría. En otro lugar (García, 2000) me he referido a la revolución copernicana que era necesario aplicar a la interpretación de los discursos, ya que en su proceso de producción primero están las teorías y los esquemas culturales y luego las concreciones narradas.

A diferencia de las teorías científicas, una teoría cultural se mueve más en el ámbito de las convicciones pragmáticas que en el de los raciocinios que la sustentan. A pesar de encerrar una argumentación precisa, rebosa indeterminación por todas partes, y funciona como un bloque estructurado susceptible de incluir elementos nuevos y de recontextualizar sus contenidos. Nada similar a la rigurosidad de las teorías científicas. Las teorías culturales se reactivan cuando alguno de sus elementos aparece en la vida social. La teoría cultural a partir de la que se construye la mala fama de los prejubilados queda bien expresada en un par de formulaciones discursivas, tomadas intencionadamente de dos informantes nativos, uno prejubilado y otro trabajador en activo

Muchos, con la prejubilación, con cuarenta y pocos años, al no tener nada que hacer y ganar mucho, alternan más, van mucho más tarde pa casa. Al nun tener que trabajar, vienen los vicios, los problemas familiares y hasta los suicidios -Barrenista, 48 años-.

Un chaval de cuarenta y dos años, con cuatrocientos y picu mil pesetes, que nun tien que madrugar, que coge la carretera y en veinte minutos se planta en Oviedo, y allí ¡la de Dios!, se siente el rey del mundo. Así pasa lo que pasa luego, vicios y problemas -Albañil, 52 años-.

La teoría cultural que justifica la construcción de la mala fama se compone pues de unos elementos que están claramente presentes en las prejubilaciones: ser joven -o sea, estar en edad de trabajar-, tener dinero y no poseer obligaciones ineludibles -es decir, “no tener nada que hacer”-. La teoría es bien simple y prescinde de otra serie de circunstancias que pudieran matizarla como, por ejemplo, estar inmerso en una vida familiar estable, tener hijos a los que atender, disponer de recursos, ocio y hobbies, o simplemente no tener ninguna inclinación a hacer lo que en ella se preconiza. Es una teoría de validez general, que no se ve contradicha por los ejemplos particulares que la refutan. Por su generalidad no es solamente aplicable al ámbito de la minería. Los jóvenes en paro que se aprovechan de los recursos y sus padres corren los mismos riesgos. Pero en el contexto de la prejubilación, la teoría se refuerza con una constatación innegable: la mina es más dura que cualquier otra actividad; los que entraron en ella estuvieron profundamente marcados por las obligaciones de su profesión. Dejar la mina para un prejubilado es una auténtica liberación. Pasar del “peor de los trabajos” a no tener ninguna ocupación y ganar lo mismo es el caldo de cultivo ideal para que se activen los esquemas de los que se habla en los discursos de la mala fama.

La teoría, en su formulación concreta referida a las prejubilaciones, incluye peculiaridades que pueden explicarse contextualmente. A través de los discursos de los informantes se puede elaborar una lista de los comportamientos socialmente reprobables que forman parte estructurada de la mala imagen: alcohol, conflictos y separaciones matrimoniales, depresiones y problemas de salud derivados de la falta de obligaciones y de compromisos sociales. La concreción de la mala fama en conductas de esta naturaleza se debe, sin duda, a una cuestión mediática. La prensa y otros medios de comunicación asturianos han venido publicando, con una cierta frecuencia, reportajes en los que se insistía machaconamente en el aumento del alcohol, de las separaciones y de los problemas de salud, física y mental en las cuencas mineras, desde que se iniciaron las prejubilaciones. Estas publicaciones recogen y agrupan conclusiones parciales de estudios expertos sobre temas de salud y de relaciones sociales en distintos contextos vitales, temas, por lo demás, en los que las investigaciones han sido más numerosas en relación con las prejubilaciones asturianas (Díaz y Prieto, s.a.; Flórez, 2003; Rodríguez, 2003). La divulgación mediática de estos temas no sólo es eficaz de forma directa, por la lectura de la prensa, sino que se realimenta en la interacción dialógica entre los vecinos y adquiere una cierta solemnidad en los programas de planificación social, que se proponen desde distintas instituciones públicas. El resultado es la concreción de la teoría que une tiempo libre, juventud y recursos en modelos culturales de alcohol, separaciones y trastornos biopsicológicos.

Vaya por delante que la realidad de estos hechos es muy cuestionable. Si es cierto que los datos de las encuestas realizadas sobre estas conductas tienen problemas muestrales específicos en relación con los contenidos de la mala fama - no son precisamente los afectados por ellos quienes acuden a los centros sociales o recintos públicos en los que habitualmente se pasan los cuestionarios-, en ninguna de aquéllas se reconoce estas manifestaciones como problemas específicos de los prejubilados. En la encuesta de Rodríguez (2003), realizada sobre una muestra de 155 prejubilados de la industria asturiana, 100 encuestados consideran que los prejubilados no son bien vistos por sus vecinos. No obstante, sólo 16 reconocen tener algún tipo de depresión y la mayoría afirma que sus relaciones familiares han mejorado. Los encuestados que admiten tener problemas en estos dos aspectos excluyen mayoritariamente que la prejubilación sea responsable de ello. Aunque el 84,5% de los prejubilados de esta muestra reconocen mantener contacto con sus compañeros en bares y cafeterías, no hay ninguna pregunta explícita en el cuestionario que permita sacar conclusiones sobre el abuso del alcohol.

El acercamiento directo a las cuencas mineras permite, en todo caso, hacerse una idea cabal de la realidad de las conductas que concretan la teoría de la mala fama. Es cierto que la taberna constituyó históricamente una preocupación de los patronos desde el comienzo de la minería. Sin embargo, como he mostrado en otro sitio (García, 1996), los males de la taberna para los patronos no eran precisamente los excesos de alcohol, sino las revueltas sociales que en ellas se podían planificar: eran lugares apropiados para las demandas laborales y para cuestionar las tramas político-empresariales.

Con todo, al lado de estas afirmaciones, cada vez se constata más que los mineros, incluso los prejubilados, beben ahora menos que antes. El agua y los refrescos han sustituido a la bota de vino que se solía llevar al interior de la mina. Los dueños de los bares, al comparar las prácticas actuales con las de años atrás, reiteran esta misma opinión. Antiguamente, según dicen, los mineros, al salir del trabajo, se reunían en los bares cercanos antes de retirarse a sus respectivas casas. Incluso algunos salían después de cenar y permanecían hasta medianoche en los bares, que siempre estaban llenos. Ahora están prácticamente vacíos, no sólo porque esos hábitos han cambiado ya y hay menos gente, sino porque las normas que los prejubilados se imponen a sí mismos, como forma de sobrellevar adecuadamente su situación, incluyen frecuentemente el rechazo al alcohol.

A la pregunta por los casos de prejubilados que abusan del alcohol y que ellos mismos conocen, los informantes no suelen dar muchas referencias, y casi siempre aluden a personas que bebían antes de la prejubilación. No es raro que en este intento de concreción se cuelen ejemplos de no prejubilados. En cualquier caso, la comparación respecto al abuso del alcohol entre los prejubilados y quienes no lo son es lo que falta.

En relación con las separaciones sucede algo parecido. Los datos reales de separaciones en los concejos mineros siguen literalmente la lógica de los reajustes de las características de la población. Aumentan las separaciones con las prejubilaciones simplemente porque crecen las segundas. Es lógico que, si en un concejo, como el de Aller, la mayoría de los habitantes en edad activa están prejubilados, sea este colectivo también el que cuente con un mayor número de separaciones y de matrimonios estables. Cuando se habla de estos temas nunca se dan datos relativos a los trabajadores de las distintas actividades.

La mayoría de las mujeres niegan que la prejubilación de su marido haya creado en su entorno familiar situaciones irreversibles de conflicto y confiesan que lo que les ha sucedido es más bien lo contrario: ahora tienen más tiempo para estar todos juntos y aprovechan la situación del marido para ocuparse más de los

hijos, salir o, simplemente, para mandarle hacer todas aquellas tareas que antes se dejaban aparcadas por falta de tiempo.

En relación con los trastornos psicológicos la situación es bastante similar. Llegan a citar casos de depresión y suicidio, pero mezclados con otros equivalentes de personas que no están prejubiladas. “Para depresión -he podido escuchar- la de los que siguen trabajando en la mina”. La descripción mayoritaria de la situación por parte de los implicados, con alusiones a la suerte de haber sido agraciados inesperadamente “con esta lotería”, se halla muy lejos de tal imagen, como lo están también las confesiones de liberación y felicidad con las que la mayoría de ellos perciben su situación de prejubilados.

4. Discursos y discursos

Las contradicciones entre las imágenes de rechazo y los hechos sociales sólo se pueden explicar recurriendo a la existencia de dos tipos de discursos sobre las prejubilaciones mineras. Uno es constructivista, o sea tendente a dar contenido a la categoría colectiva de *prejubilado*, y otro destructor de esas mismas características. El hecho de que los dos discursos coexistan e incluso sean emitidos por las mismas personas indica claramente que ambos operan en contextos diferentes y con intenciones propias. La realidad, explicitada más arriba, de que la mala fama de un colectivo resulta compatible con la buena reputación de cada uno de sus miembros, es una consecuencia clara de la coexistencia de estos dos tipos de discursos. La mala fama del colectivo de prejubilados se encuentra fundamentalmente en el discurso constructivista que, a diferencia del otro, es claramente retórico.

Los discursos que incluyen la relación entre las conductas reprobables, enumeradas más arriba, y la prejubilación circulan sin freno en la comunidad dialógica. Me voy a permitir reproducir aquí una muestra muy significativa de estos discursos, con la intención de mostrar los mecanismos retóricos que subyacen en su construcción.

La primera de las estrategias discursivas, que se puede desvelar en el análisis, es la comprobación de que todas y cada una de las explicaciones de los componentes de la mala fama derivan directamente de las circunstancias enunciadas en la teoría. En este caso, el alcoholismo, las separaciones y las depresiones, tres fenómenos radicalmente diferentes, son consecuencia del exceso de tiempo libre, es decir, de no tener otra cosa que hacer, estando en edad de trabajar y contando con los recursos propios de los prejubilados. Cada una de estas características por separado aparece en estos discursos como una forma susceptible de caracterizar el uso del tiempo de los prejubilados en su totalidad:

una dedicación completa, construida a base de sinécdoques que magnifican retóricamente cada uno de los componentes de la mala fama.

El que tien tiempu libre a lo mejor empléalo pa andar por ahí de murga, de chigre todo el día. Hay mucho alcoholismo. En las cuencas siempre tuvimos fama de beber, pero habrá gente que nun tien ningún aliciente, ningún hobby. Pillan por la mañana y van al bar y ya vienen bebidos a comer, y luego por la tarde otra vez. Luego la ronda, un vasu aquí, allí otru -Picador, 45 años-.

¡Después de viellu gaiteru! Muchos caen en el alcohol; los que no hacen nada, ni huerta, ni paseo, ni na, ¡chigre chigre y chigre! desde las diez de la mañana, que se abre el bar, hasta las dos de la mañana, jugando y bebiendo -Barrenista, 42 años-.

Lo que está sucediendo es una lotería, y hay quien lo acepta disfrutando más de la cuenta. El caso es que hay muchos compañeros que en ámbito de la familia, no sé si es por tener más contacto en casa, la mitad deben de estar separados. Eso llegó a afectar... no sé si se tira a la cabeza el dinero, que no es dinero, porque no te lo dan de más. Quizás sea por una falta de... los que se prejubilán tenían que haber tenido un reciclaje para saber a qué se enfrentaban, o quizás sea también el tener demasiado tiempo libre. Vas a buscar cosas que no deberías de buscar porque las tienes en casa -Vigilante, 44 años-.

Hay muchas separaciones. Son jóvenes y tienen más tiempo pa correr. Desde que hay tanta hispana nun te digo na... que si una cubana, una dominicana... estes emigrantes son gentes que vienen con unes carencias económicas importantes; unes salen de les wisquerías y otras vienen a trabajar aquí de asistentas de la limpieza. Imagínate un chaval con 300.000 pesetes de paga, por muy feu que sea, ¿quién no le hace caso? Ellas vienen a coger uno que tenga una buena paga... y diéronse casos de gente que marchó a vivir p'allá, pa Cuba -Maquinista de tracción, 48 años-.

Muchos sepáranse. Yo creo que es por cosa de que no hay nada que hacer, descarrilas un poco y dices ¿para qué voy a ir a casa si no tengo nada que hacer? Luego, el sueldo es bastante aceptable y la vagancia, córrenla por ahí y lo que acabamos de decir: son hombres que, como tienen un sueldín curiosu, tienen bastante aceptación con las mujeres. Se dice por ahí: Bueno, a ver si coges a un prejubilado. Si lu coges, estás arreglá -Picador, 70 años-.

La depresión es por falta de una misión que hacer, de levantate por la mañana y no tener una ocupación que hacer. Tienen roces con los que los rodean y hay gente que le afectó el estar en casa todo el día, sin hacer nada -Barrenista, 55 años-.

Gente que les dio infartos, en el segundo plan, la gente veíalo como algo muy fuerte... ¡esas horas hay que emplearlas en algo! Esa gente que están de picadores gordos, que creen que el ejercicio que hacen allí es muy bueno, y salen, cogen una bicicleta o empiezan a hacer footing... y entós hay gente que para eso no están preparados, y mucha gente cayeron. Murieron por no controlar el ejercicio -Caminero, 46 años-.

Hay gente que era de ir a trabajar, volver, dormir la siesta, y ahora ¿qué hago? Y ahora, de la noche a la mañana, sin saber qué hacer. Hay gente que se comió la cabeza, que se pasó. Haylos que siguen barrenando y picando en la cabeza... cinco años después de prejubilase -Facultativo, 40 años-.

El corolario lógico de unificar fenómenos diferentes bajo las mismas causas es presentarlos como acontecimientos unidos, a pesar de que la experiencia empírica rara vez los verifica de esa manera y de que, en sentido estricto, esta reunificación contradice lógicamente la dedicación exclusiva que se atribuye a cada característica en los discursos anteriores. Hay prejubilados que se dedican al alcohol, otros que están constantemente deprimidos y muchos que se pasan el día envueltos en problemas familiares, pero la imagen unitiva de la mala fama, que es susceptible de definir la categoría colectiva de los prejubilados, se consigue ordenando metonímicamente todas estas conductas en una imagen integrada, susceptible de ser aplicada a todo un colectivo social. Ello es otra vez un indicador claro de que los fundamentos de lo que se dice están en la teoría cultural y en la concreción mediática que los justifica, más que en los datos empíricos que en ellos se describen.

Separaciones y alcohol van juntos; el que es mujeriego y no bebe lo hace tan finamente que no se entera nadie. Lo que no se puede es estar todo el día vacilando por ahí, llegar borrachu a casa, gastar les perres toes y encima llegar con problemas pa casa. Luego tos busquen otras mujeres, andan por ahí en rollos puteando todo el día, y eso tien que romper por algún sitiú, y eso nun lleva más que a la depresión. Es lo que merecen, porque no hacen nada bien por ellos -Ayudante minero, 48 años-.

[Hay] mucho alcoholismo y separaciones. Esto abocó a ello. Hay un índice altísimo. No sé qué se les puede meter en la cabeza, porque tenía que ser al revés: ahora es cuando más tiempo tengo para andar con los fíos y con la mujer, pero por aquí está de moda. Es raro el día que subo a Moreda, y que si fulano o mengano, que aquél separese. Estamos muy mal muy mal, el alcohol, depresiones y hasta suicidios. Mucho es por eso, por nun tener que hacer -Artillero, 44 años-.

Al igual que sucede con las teorías científicas, las teorías culturales, más que ser ellas mismas una conclusión inductiva, proporcionan los fundamentos

necesarios para explicar deductivamente las experiencias particulares. En los discursos sobre la mala fama es frecuente que algunos casos particulares bien conocidos sirvan como prueba de unas generalizaciones deductivamente conseguidas. Este ejercicio tropológico de definir lo general por lo particular es una forma retórica de dar una base empírica a la concreción de una teoría cultural, admitida sin más, al margen de sus distintos contextos de aplicación.

Yo, cuando voy a buscar el pan por la mañana, encuentro a un chaval que trabajó conmigo y está todos los días a las nueve de la mañana a la puerta del bar esperando que abran...; el que nun tien na que hacer está todo el día en el bar -Vigilante, 44 años-.

Muchos no tienen aliciente de nada y se meten al bar, y borrachera. Ves por ahí algunos que están perdidos, veslos tirados por cualquier lado, ni les da por ver una película o por leer: están todo el día desde por la mañana en el bar. Aquí en Moreda un compañero mío murió de una intoxicación. De la parte de Moreda o de Oyanco o Nembra ya cayeron, muchos -Minero de Primera, 47 años-.

Yo conozco gente que se ahorcó. [Un compañero] llevaba un año prejubilado y no tenía aliciente, y de la noche a la mañana pasó un año... y estaba yo en el pozo y llegó un compañero y dijo: ¡Hostia! ¿No te enteraste lo que le pasó al hermano de Onofre? ¡No!, nun sé nada, vengo ahora de casa... Me parez que se ahorcó. No tenía aliciente. Era muy callado, muy parado y no tenía relación con la gente. Eses seis o siete hores que pasaba en la mina estaba encantado, pero en el momento en que se prejubiló empezó a encerrarse en casa y comeríase el coco: Bueno, yo qué hago todo esti tiempu aquí metíu en casa, de la noche a la mañana. Colgose, y fue el padre a por el ganado por la mañana y encontrose con él. Y aquí otru... bueno no, esti nun fue prejubilado... Y otro que-y quedaban meses [para prejubilarse], gustaban-y los caballos, correr les cintes... Nun sé qué relaciones tendría en casa, si eran buenas o malas, el caso es que unos meses antes de prejubilarse, no sé lo que-y pasaría por la cabeza, y colgose en la cuadra -Caminero, 46 años-.

Otra forma tropológica de dar consistencia a los discursos sobre la mala fama consiste en el tratamiento retórico de los contextos de aplicación de la teoría cultural. Es interesante, en este caso, la utilización estratégica que hacen los discursos de los espacios mineros: de nuevo las sinécdoques funcionan y permiten extender a todos los prejubilados de la mina la vigencia del discurso que localiza las características de la mala fama en territorios particulares de las cuencas mineras o de Asturias. En el concejo de Aller, por ejemplo, los prejubilados de los pueblos campesinos argumentan que en su entorno inmediato no existen muchos casos de prejubilación que respondan a la imagen de la mala fama, ya que éstos se encuentran sobre todo en los pueblos más urbanos del valle, como Moreda. A su

vez, en estos pueblos se ubica la mayor vigencia de la teoría en concejos todavía más urbanos, como Mieres y Langreo o, incluso, en las grandes ciudades, sobre todo Gijón u Oviedo, a las que han emigrado un buen número de prejubilados. Este desplazamiento tiene mucho interés, pues salvaguarda la teoría de su rigurosa contrastación empírica.

Por aquí no hay muchos [borrachos]. Pero dicen que en Mieres y Langreo sí. Haylos que agarran una por la mañana y otra por la tarde. Van por la mañana, vuelven a comer y por la tarde otra vez -Picador, 53 años-.

Algunos están de chigre todo el día. El problema ye después en casa: andan engallonaos. ¡Sí, hombre!, en Mieres y por ahí subieron las separaciones una burrá por les prejubilaciones. ¡Claro! andaban todo el día de bar y de lo que pintara -Maquinista de Extracción, 72 años-.

En Mieres [hay] muchas separaciones. Parece ser que andaban por ahí y no venían a casa hasta las cinco de la mañana. Algo de desorden en ese tema -Vigilante, 56 años-.

Tengo compañeros normales que a los cuatro días ya tenían problemas. La carretera está ahí y en Oviedo hay mucha prostitución y mucho vicio. Antes igual tenían que retirar a las nueve de la noche porque tenían que trabajar, ahora, como nun trabajan, vuelven a las dos o a las tres de la mañana... -Vigilante, 52 años-.

Curiosamente un allerano, residente desde hace tiempo en Mieres, tiene una visión diferente:

Donde más aumentó el alcoholismo y las separaciones fue en Aller. Y ello es debido a que aquí [en Aller] no hay nada de nada, ni piscinas ni polideportivos ni nada -Facultativo, 40 años-.

El desplazamiento de los referentes a espacios alejados de la experiencia posibilita que los discursos sobre la mala fama circulen con fuerza y se realimenten recíprocamente sin contradicción alguna. Esta estrategia de separar los hechos de la experiencia personal ha favorecido la eficacia de la prensa y ha servido para que muchos prejubilados asuman a nivel genérico los peligros de su situación. El peso de la opinión supuestamente experta ha contribuido a la extensión de la teoría y de los modelos de la mala fama a todo el colectivo social. Este hecho pone de manifiesto que, según se ha dicho más arriba, la teoría de la mala fama y sus aplicaciones no deben leerse como una elaboración discursiva de los no prejubilados sobre los prejubilados. De hecho, he seleccionado para confirmarla, en este apartado, discursos mayoritariamente de prejubilados, pues la

adhesión de éstos a su contenido es una condición necesaria para que los discursos sobre la mala fama sean performativamente eficaces.

Los discursos sobre la mala fama constituyen una estructura discursiva cerrada y retóricamente blindada. A su lado circulan los discursos deconstructores de la categoría colectiva de prejubilado en relación con estos mismos temas. En ellos se reduce al mínimo la importancia de la prejubilación en el origen de las conductas recogidas en los modelos de la mala fama y la argumentación se desarrolla con una lógica totalmente ajena a las concesiones retóricas.

La prensa empezó a decir que los prejubilados eran la causa de un montón de problemas en las cuencas...; el que ye mineru mineru nun tien más que cambia-y la vida pa mejor. Lo de separase más fue una moda... influye el coche, influye Internet. En las cuencas mineras se bebe mucho de siempre -Maquinista de Tracción, 70 años-.

En un periódico empezó a salir que entre los mineros había muchos problemas de alcoholismo, de separaciones, y que la culpa era de las prejubilaciones. Entonces la empresa dijo: Vamos a ver las actitudes de la gente. Para mí, personalmente, [es] una tontería; los que tuvieron problema de estar todo el día en el chigre o de llevarse mal con la mujer, ya lo hacían antes de prejubilase -Picador, 50 años-.

Hay quien se dedica a la bebida, a tener una huerta, un jardín, quien hace trampa y trabaja. No es consecuencia de la prejubilación; a los que yo conozco ya les gustaba beber, como a mí. Eso es cultural. Lo del bar aquí es cultural, no es como los ingleses que se tiraron a las drogas. Hay quien madruga para ir al bar, pero eran los que lo hacían ya antes de entrar a trabajar; y los que se separan es porque ya se llevaban mal -Jefe de Equipo de Mantenimiento, 49 años-.

Hay una clase de gente que sigue esa rutina diaria de ir al bar por la mañana y por la tarde. Nadie con cuarenta y tantos años empieza a beber; los que tienen problemas de alcohol los agravan. Antes había cosas que les condicionaban para no beber, por ejemplo si mañana tienes que ir a trabajar nun vas a beber. Ahora esos frenos se acabaron -Barrenista, 47 años-.

Desde mi punto de vista la coexistencia de los dos tipos de discursos es una consecuencia del distinto tratamiento de los mismos temas, según se hable de una categoría colectiva, la de los prejubilados, o se piense en los individuos concretos que forman parte de ella. En un caso el discurso es retórico, en otro estrictamente lógico.

5. La performatividad de los discursos sobre la mala fama

El discurso sobre la mala fama del colectivo ocurre en contextos muy distintos, según la naturaleza de los interlocutores. Para el argumento que trato de desarrollar tienen especial importancia algunos discursos que se producen en los encuentros entre no-prejubilados y prejubilados, y que añaden, a la retórica de los textos, la de las conductas sociales en la que se convierten al ser emitidos.

Mientras hablaba con un par de prejubilados en una plaza pública de las cuencas mineras, pasaron dos personas delante de nosotros y en un indudable tono jocosamente uno de ellos comentó: “Qué bien viven algunos... todo el día holgazaneando por ahí..., mientras los demás trabajamos para que esto no se hunda...”. La sonrisa de mis interlocutores duró lo que tardaron en desaparecer los “bromistas”: luego uno de ellos, más serio, comentó: “ésta es la eterna historia de las cuencas... que si sois unos vagos, que si no hacéis nada, como si nosotros fuésemos los culpables de que esto sea así”. Bromas y sonrisas para expresar convicciones conflictivas muy arraigadas y para escuchar interpelaciones muy frecuentes.

El convencionalismo retórico que unifica habitualmente la forma jocosamente de decirlo y la manera precisa de recibir el mensaje -sonrisas inauténticas-, y que consiste en que unos tienen que bromear para ocultar lo que piensan, y otros recibir el mensaje sonriendo para que no dé la sensación de que les parece mal lo que les dicen, delata una situación social compleja, en la que conviven trabajadores en activo y personas de las mismas edades, retiradas forzosamente del mundo laboral, abocadas a no volver a ocupar nunca más un puesto de trabajo. Esta es una situación inevitable.

En este contexto de afortunados y desafortunados tanto la ironía maldiciente como las bromas, que ocultan las discrepancias valorativas de la situación social, crean una atmósfera discursiva especial en la que las expresiones no significan lo que realmente dicen y donde, sin embargo, los discursos, así contruidos, pueden seguir circulando de forma generalizada y al mismo tiempo servir, por el simple hecho de hacerlo, de aglutinantes sociales en situaciones extremas de convivencia. La ironía y el humor, como ingredientes retóricos, hacen partícipes de los mismos convencionalismos discursivos a los prejubilados y a los no prejubilados. Los discursos circulantes, convertidos en conductas sociales, determinan las conductas de los sujetos sociales afectados en la medida en que las previsiones de la mala fama tienden a ser evitadas.

Lo que estoy procurando es que no me enganche el vicio... de decir voy a sentarme en un sofá a ver la tele o a lo que sea, y después de comer siéntome otra vez en un sofá..., que

fue uno de los problemas con los que se toparon aquí mucha gente y ¿qué pasa? que llega un momento en el que te pones con cien kilos, y eso es lo que tienes que evitar y cómo haces... teniendo fuerza de voluntad y si tienes que hacer algo en casa lo haces y si no a salir a pasear..., porque si te apoltronas eso engancha y a los cuatro días estás perdido -Picador, 48 años-.

Yo [antes] nun entraba y en casa y si tenía algún problema con ella [su mujer] era por eso, y ahora es ella la que me manda salir. Estás tan folgau que te aburres y sales por ahí y vuelves al poco tiempo... Hay que tener cuidado... si vas al bar... infartos, cirrosis..., hay quien se quedó jugando al tute... Nun te pues dejar -Artillero, 50 años-.

Yo engordé 20 kilos desde que dejé de fumar y de trabajar. Tuve suerte que lo dejé. Si dejas de trabajar dejas de sudar, y si sigues comiendo igual, grasas, etc., eso te mata: les grasas hay que quemales. Ahora paseo. No ando en bici por la espalda, me gusta la natación, pero tengo que ir a Mieres; o sea que yo agarro y salgo de paseo... Todo te pasa factura, les molladuras, los pesos -Vigilante, 52 años-.

Yo díjeyle bien claro [a mi mujer]. Mira, lo que tienes que hacer es mentalizarte de una cosa: yo voy a hacer la misma vida como si estuviera trabajando. Yo las siete u ocho horas que estaba en la mina voy a emplearlas pa mí, pa lo que yo quiera, o pa la huerta... Si queréis que vaya a comprar, me lo decís y hago los recados. Yo cogía, venía, hacía la compra y marchaba. Ahora mi mujer, como piensa que tengo más tiempo para ella, si antes estaba dos horas con ella ahora quier cuatro. Pero ese tiempo lo quiero para mí, pues si quedo en casa me muero. Yo en casa no me quedo, si se cae la casa no me pilla dentro, gústame marchar, moverme... -Caminero, 46 años-.

Al prejubilase... en casa están acostumbrados a no estar tanto tiempo con la mujer..., al estar todo el día en casa hay más roces: si nos vemos un día a la semana no vamos a discutir, pero todos los días... Lo de la bebida y los problemas matrimoniales... cuando vas a la mina..., si de repente dejas de trabajar y te dan más de lo que ganas..., además tenías cuernos y no lo sabías... entonces la cosa se agrava. Yo cuando me prejubilé dije, hay que cuidarse... Pero eso es la cabeza, los que engordan y tienen problemas es porque al prejubilarse se descuidan -Minero de primera, 41 años-.

Los prejubilados mineros constituyen un colectivo de difícil integración social. La forma de combinar sus diferencias radicales y su pertenencia social es marcando los límites de lo tolerable en un discurso más retórico que real. La performatividad de este discurso, por sí misma, ejerce una influencia constatable sobre los sujetos integrados en la categoría colectiva, y sobre los que en los próximos años accederán a ella. A través de estos efectos -a los que Fernández, hablando de la metáfora en particular y de los tropos en general, llama *persuasión* y *performance* (1986: 20)-, los prejubilados asumen un discurso sobre su mala

fama que, aunque lo pueden refutar fácilmente si se salen de las claves retóricas, se ven obligados a tenerlo en cuenta como límite social de sus propias conductas.

6. Conclusiones

Hace poco más de un siglo que Durkheim y Mauss escribieron el texto clásico *Algunas formas primitivas de clasificación*. El subtítulo del artículo, *una contribución a la teoría de las representaciones colectivas*, hizo que en algunos ámbitos sociológicos su lectura fuese contextualizada en el campo de las diferencias entre las sociedades “antiguas” y modernas. De este modo, al desdibujarse el significado de esta distinción, el conjunto del texto sucumbió también en la polémica, por mucho que haya sido utilizado una y otra vez en distintos contextos para explicar situaciones diferentes a las previstas por sus autores, lo que habla bien a las claras de la relevancia de su contenido. Mary Douglas, por ejemplo, lo puso en relación con el tema de los *códigos restringidos* y *elaborados* de B. Bernstein para aclarar las posibles combinaciones existentes entre los tipos de sociedad y el control social. No estoy seguro de que esta sea la mejor manera de sacar partido de las ideas del artículo citado. Creo, por el contrario, que es más útil prescindir de la tipología clasificatoria de Douglas, y asumir que las referencias de Durkheim y Mauss siguen siendo válidas para dar cuenta, no de un proceso histórico de cambio, sino de los problemas de integración social que se plantean en las sociedades complejas.

El concepto es la noción de un grupo de seres claramente determinados, sus límites pueden establecerse con precisión. Por el contrario, la emoción es algo ligero e inconsistente. Su influjo contagioso llega más allá de su punto de origen, se extiende a todo lo que le rodea, sin que pueda decirse dónde se detiene su poder de propagación. Los estados de naturaleza emocional participan necesariamente del mismo carácter. No podemos afirmar ni dónde principian ni dónde terminan; se pierden los unos en los otros, y mezclan sus propiedades de tal suerte que es imposible categorizarlos con rigor. Por otra lado para poder señalar los límites de una clase, es necesario haber analizado previamente los caracteres en los que se reconocen los seres reunidos en esta clase y que les distinguen. Mas, la emoción, es naturalmente refractaria al análisis o, al menos, se presta a él con dificultad, dado que es demasiado compleja. Sobre todo cuando es de origen colectivo desafía el examen crítico y razonado. La presión que ejerce el grupo sobre cada uno de sus miembros impide a los individuos juzgar con libertad las nociones que la sociedad ha elaborado y en las que ha impreso algo de su personalidad. Construcciones parecidas son sagradas para los particulares (Durkheim y Mauss, 1971: 72).

Esta configuración emotiva de las categorías colectivas es adecuada para explicar fenómenos como el de la mala fama. En el texto de Durkheim y Mauss se contrastan fuertemente el discurso de los conceptos -destructor e individual- y el discurso de las nociones emotivas -constructivista y colectivo-. Los discursos de la mala fama se construyen desde teorías que incluyen principios básicos de la sociedad, más que desde el análisis empírico de las situaciones. Se trata de principios que en su formulación positiva son “sagrados”. Cuando la reafirmación de los fundamentos sociales no se puede activar positivamente -como sucede con los prejubilados que, al quedar fuera del mundo laboral, se descuelgan de muchos de los resortes institucionales que les vinculaban a una comunidad-, los discursos referidos a la categoría colectiva se construyen, en una de sus dimensiones, con la imagen en negativo de los fundamentos sociales según se describe en los discursos sobre la mala fama. La construcción de este sujeto colectivo es una figuración, que empieza asignando tropológicamente al dominio una serie de características particulares que se ordenan en una imagen integrada, con la que se da contenido a una categoría que socialmente no lo tiene. Los discursos sobre la mala fama son el resultado de este proceso tropológico. La pervivencia misma de la comunidad es lo que se halla en juego, por lo que no extraña que sean las dimensiones “emotivas” de las imágenes y no los argumentos conceptuales los recursos fundamentales de los discursos que acabamos de analizar.

Sin duda alguna el fenómeno de la mala fama se mueve en la órbita de otra serie de tópicos académicos más o menos tratados como el de los estereotipos. Ambos tienen en común su carácter representativo en relación con los sujetos sociales y forman parte de los imaginarios sociales. Sin embargo, la mayoría de los estereotipos funcionan como simples conceptos encadenados en proposiciones enunciativas bien delimitadas, de las que ha desaparecido su carga emotiva. Con frecuencia estas proposiciones circulan en el lenguaje muy alejadas de sus contextos de origen y de significación. Saris (2005), en su análisis de los estereotipos irlandeses, insiste en la necesidad de recontextualizarlos y muestra, al mismo tiempo, las grandes dificultades existentes para rescatar estos contextos de la historia.

Mi análisis de la mala fama ha pretendido evitar esos problemas. Sirviéndose de todos los recursos retóricos de los estereotipos, los discursos sobre la mala fama circulan en un contexto social en el que todos los ingredientes que los componen se pueden traducir fácilmente en realidades sociales, aunque no sean exactamente las mismas que se formulan discursivamente. El valor de los discursos no está en su adecuación referencial, sino en su performatividad social. En eso los discursos y las claves tropológicas que contienen dan contenido a una

categoría colectiva compuesta por sujetos socialmente incontrolados en aspectos esenciales de la comunidad, que viven fuera de los paradigmas ordinarios de su clase y nivel social.

7. Referencias bibliográficas

DÍAZ MARTÍNEZ, Capitalina; PRIETO TORAÑO, Beatriz

s.a. *Análisis de la Jubilación anticipada en Asturias*. Oviedo: Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Oviedo. Inédito.

DOUGLAS, Mary

1978 *Símbolos naturales. Exploraciones en cosmología*. Madrid: Alianza Universidad.

DURKHEIM, Emile; MAUSS, Marcel

1971[1903] “De ciertas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas”, en M. Mauss, *Institución y culto: representaciones colectivas y diversidad de civilizaciones*. Barcelona: Barral Editores, 13-73.

FERNÁNDEZ, James

1986 *Persuasions and Performances. The play of tropes in culture*. Bloomington: Indiana University Press.

FLÓREZ LOZANO, José Antonio

2003 *Estudio sobre las repercusiones psicopatológicas y sociales de la jubilación anticipada y las prejubilaciones*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

GARCÍA GARCÍA, José Luis

1996 *Prácticas Paternalistas. Un estudio antropológico sobre los mineros asturianos*. Barcelona: Ariel.

2000 “Informar y narrar: el análisis de los discursos en las investigaciones de campo”. *Revista de Antropología Social*, 9: 75-104.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, César

2003 *Las prejubilaciones en la industria asturiana (1992-2003)*. Oviedo: Consejo Económico y Social del Principado de Asturias.

SARIS, A. Jamie

2005 “Reconsiderando los estereotipos: imágenes de irracionalidad en la obra del columnista del *Irish Times*, John Walters”. *Revista de Antropología Social*, 14: 281-309.